UN TIRANO CON FALDAS

UN TIRANO CON FALDAS.

UN TIRANO CON FALDAS.

COMEDIA EN UN ACTO,

ARREGLADA Á NUESTRA ESCENA

POR

D. MANUEL GARCIA GONZALEZ.

ESTRENADA CON GENERAL APLAUSO EN EL TEATRO DE VARIEDADES
LA NOCHE DEL 27 DE FEBRERO DE 1865.

MADRID:
IMP. DEL CENTRO INDUSTRIAL Y MERCANTIL,
a cargo de S. Fernandez: Piamonte, 2.
1865

713427

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA BASILISA (55 años.)	Doña F. Orgaz.
MARGARITA (19 id.)	Doña C. Genovés.
DON BENIGNO (50 id.)... . .	Don C. Martinez.
DON HIPOLITO (50 id.) . . .	Don F. Garcia.
ENRIQUE (25 id.)	Don A. Escanero.

En Madrid, en nuestros dias.

La propiedad de esta obra pertenece à la Galería lírico-dramatica titulada LA LIRA. Nadie podrá reimprimirla ni representarla en España ni sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los comisionados de la misma Galería lírico-dramática son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Las oficinas de la Direccion de LA LIRA se hallan establecidas en Madrid, calle del Arenal, núm. 15, entresuelo.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Sala. Entrada por el foro.—Habitaciones de doña Basilisa y de Margarita á la derecha.—Idem de don Benigno á la izquierda.—Chimenea á la derecha en primer término.—Mesa á la izquierda.—Sillas, sillones, etc.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA BASILISA.—MARGARITA.

MARG. Le parece á usted (*Mirándose al espejo.*) que estoy bien así, mi querida tia?

BASIL. Creo que debes arreglarte algo mas; cuando una jóven tiene que presentarse á su futuro, bueno es que haga resaltar todas sus ventajas.

MARG. Sin embargo, no debe exagerar...

BASIL. Mi querida niña, los hombres critican la coquetería, pero la exigen. No olvides este principio, y sobre todo sé amable.

MARG. Trataré de serlo.

BASIL. Es indispensable!... Todas las jóvenes casaderas deben tener talento para pescar al novio. Tampoco está de más que afecten una fisonomia dulce y modesta, un aire seductor, de víctima y de cordero.

MARG. Eso me será menos difícil.

BASIL. Demasiado lo sé, por eso me inspiras sérios temores.

MARG. Por qué, mi querida tia?

BASIL. Porque te creo capaz de amar á tu marido.

MARG. Pero eso ya lo hago, tia.

BASIL. Pobre niña!... despues que he tenido buen cuidado de no dejarte leer ni aun la novela mas inofensiva... ahora me sales con esa respuesta...en el momento decisivo!...

MARG. Por qué me dan un marido?...

BASIL. Porque un marido es una necesidad social: los hombres han inventado el matrimonio para dominar nuestro sexo; es un arma que se necesita volver contra ellos: Margarita, á tí te vá á faltar energía...

MARG. Enrique es tan bueno!...

BASIL. Otra heregía! Todavía no se ha visto un marido que sea bueno sin que su mujer le haya obligado á ello.

MARG. Usted quiere asustarme, tia!

BASIL. No; te indico tus deberes. La mujer no debe nada á su marido, el marido, todo lo debe á su mujer. Este es el verdadero código práctico. A la vista tienes el mejor ejemplo! Tu tio es flexible como un guante!

MARG. Sí, no tiene voluntad propia. (*Sonriendo*)

BASIL. Dí que la tiene de mas!... (*Vivamente.*) Le hice á mis mañas desde el primer dia... no le he tolerado el menor ataque á mi autoridad... ha sido un trabajo lento, constante, sin tregua ni descanso, pero al fin he sacado el fruto. (*La puerta del fondo se abre y aparece Enrique.*)

MARG. Ah! Enrique! (*Volviéndose*)

BASIL. No seas tan espansiva!...(*Conteniéndola.*)

ESCENA II.

DICHOS.—ENRIQUE.

ENRIQ. Deseaba poder (*Entrando, vestido de etiqueta.*) espresar á usted mi gratitud, señora!... Señorita!...(*Saludando.*)

BASIL. Jóven, mucho agradecemos la honra que se digna usted hacernos aspirando á entrar en nuestra familia...—Baja la vista, Margarita. (*Bajo.*)

ENRIQ Hace mucho tiempo amo á su sobrina de usted.

MARG. Y yo tambien.....(*Con alegria.*)

BASIL. (Cállate!) Usted dispensará una timidez bien natural...

ENRIQ. Señora, yo solo soy el que necesita de indulgencia...

BASIL. Espero que mi sobrina por su parte sabrá corresponder al afecto que usted la profesa, con sólidas cualidades!

MARG. Ya lo creo!

BASIL. (Cállate!) Mi sobrina amará á su marido como toda mujer debe hacerlo... sin debilidad!

ENRIQ. Educada por usted, señora...

BASIL. Si, es como yo, demasiado buena, demasiado sensible... Su tio la tiene muy mimada.

MARG. Y qué mal hay en eso? Es tan bueno que la mimen á una!

BASIL. (Cállate!)

ENRIQ. A propósito, señora, cuándo me hará usted el honor de presentarme al señor don Benigno?

BASIL. Mi marido está algo retraido...

ENRIQ. Oh! mi querida tia!...

BASIL. Le verá usted el dia del contrato.

ENRIQ. Sin embargo, señora, creo que las conveniencias exigen... que yo le dé gracias por su consentimiento.

BASIL. Su consentimiento?... Ni se le ha pedido, ni se le pedirá... seria darle una importancia...

ENRIQ. Creo que esa formalidad es indispensable.

BASIL. Eso es rídiculo, es absurdo; mi sobrina es huérfana.

MARG. Es verdad! (*Con tristeza.*)

ENRIQ. Pero don Benigno es tutor de esta señorita.

BASIL. Y qué? no podré yo casarla sin la intervencion de un tercero?

MARG. Mi tio dice que usted es su mitad.

BASIL. No repitas esas tonterias. Yo lo soy todo, y él no es nada. Así comprendo yo la asociacion.

ENRIQ. Y si don Benigno por su parte ha dispuesto de la mano de la señorita Margarita?

BASIL. Disponer de la mano de mi sobrina?...

MARG. Se guardaria muy bien! (*Sonriendo.*)

ENRIQ. Con todo, tiene derecho á ello!... Ademas las conveniencias me obligan al menos á hacerle una visita...

BASIL. Las conveniencias!... sí, sí... En fin, aunque no sea mas que por pura fórmula, pida usted el consentimiento à mi marido, ya que se empeña en ello... pero yo no quiero asistir á esa escena humillante, y me retiro. (*Váse.*)

ESCENA III.

ENRIQUE.—MARGARITA.

ENRIQ. Cómo, señorita, no sabe nada su tio de usted?

MARG. No.

ENRIQ. Y si se opone à nuestra union?

MARG. Oponerse él?... pobre señor! es incapaz de tal cosa, y desde luego puede usted hablarle con entera confianza.

ENRIQ. Es tan delicado el paso que voy á dar... que temo, si me pregunta, cometer alguna torpeza.

MARG. Pues bien, vuelva usted dentro de una hora; y no tendrá mas que decir quien es para que le abra los brazos.

ENRIQ. Qué buena es usted, (*Retirándose.*) Margarita, y cuánto la amo?

MARG. Bien, bien, (*Acompañándole hasta la puerta.*) allá lo veremos. Vaya usted á esconderse, cobarde! (*Vase Enrique.*) Parece mentira que los hombres sean tan tímidos en circunstancias tan sencillas...

ESCENA IV.

MARGARITA.—DON BENIGNO, entra con una jaula en la mano, donde habra un canario.

BENIG. Pobre animal! Qué contento está desde que se ha quedado viudo!... ven, mortal feliz!... ven, criatura libre!... (*Coloca la jaula encima de la mesa.*)

MARG. Vamos, no me dice usted nada? (*Alegremente.*)

BENIG. Eh! qué es eso!... (*Asustado ocultando la jaula.*) ah! eres tú, Margarita?... Qué miedo me has dado! Creí que era mi mujer!

MARG. No, tio, estoy sola. (*Alegremente.*)

BENIG. Estás segura? (*Mirando á su alrededor.*)

MARG. Sí señor, véalo usted. (*Riendo.*)

BENIG. Entonces, dame un abrazo, voy á dar leccion á mi canario.

MARG. Leccion?

BENIG. Sí, estamos estudiando juntos una cancion muy bonita. (*Pónese á cantar delante de la jaula.*)

«Pajarito que alegre cantabas...»

Y sabes que va aprendiendo (*A Margarita.*) muy bien el estribillo?.. sobre todo, desde que le he sustraido su compañera por afecto á él... ay! si hubiese alguno que me prestara el mismo servicio, bendeciria á ese filántropo, y podria, como mi canario, gustar de una existencia tranquila... no es cierto, José?... Oh! nosotros nos entendemos.

MARG. Parece que está usted de buen humor?... me alegro, porque tengo un favor que pedirle.

BENIG. A mí?... (*Con estrañeza.*)

MARG. Verá á usted (*Haciéndole mimos.*) un sugeto...

BENIG. Sí, voy á ver á Hipólito, á mi amigo Hipólito, mi querido Hipólito, que vuelve despues de veinte y siete años de destierro...

MARG. No se trata de él, sino de una persona que hoy le hablará de mí... será usted amable, no es verdad!...

BENIG. Qué dulzura!... (*Para sí, mirándola.*) Qué fisonomía tan franca y tan cándida!—Es alguna amiga tuya? (*A Margarita.*)

MARG. Algo mas, mi querido tio!...

BENIG. Ah! es algo mas!...

MARG. Es un jóven... que ya es doctor en medicina...

BENIG. Y qué me quiere?...

MARG. Quiere hablar á usted de un asunto importante!

BENIG. A mí?... que se dirija á mi mujer.

MARG. Cuando sepa usted (*Sonriendo.*) de qué se trata...

BENIG. No quiero saberlo... me opongo á ello formalmente.

MARG. Pero si su opinion de usted es indispensable.

BENIG. Que consulte con mi mujer, ella es la que manda.

MARG. Conque si mi tia consiente...

BENIG. Yo consiento tambien.

MARG. En todo?

BENIG. En todo.

MARG. Gracias, tiito, (*Dándole un abrazo.*) qué bueno es usted.

BENIG. Ah! no es todo virtud, hija mia, no me es posible obrar de otro modo, así como tú no podrias dejar de ser bella y graciosa. (*La abraza.*)

BASIL. Ponga usted cuidado, (*Dentro.*) ó se vá de mi casa!

BENIG. Mi mujer! Conozco su timbre!... (*Vuelve vivamente hácia la jaula, que se entretiene en limpiar con afectacion, y despues la cuelga á la pared.*)

BASIL. Sal, Margarita.

MARG. Sí, tia... (Háblale de Enrique, ya le tengo preparado.)

BASIL. (Vete!) (*Vase Margarita.*)

ESCENA V.

D. BENIGNO.—DOÑA BASILISA.

BASIL. Qué es lo que quiere ese (*Con ira.*) D. Hipólito, que ha venido ya dos veces?

BENIG. Quiere verme, (*Con mucha calma.*) mi querida Basilisa; es el amigo mas antiguo que tengo; en el colegio, me hacia las planas; cuando fuimos milicianos, se quedaba por mí de centinela; en fin, siempre se ha encargado de todas mis obligaciones. Desgraciadamente, cuando me casé ya no estaba aquí.

BASIL. Para qué?

BENIG. Para que me hubiera servido de testigo, y ayudado à soportar mi dicha!

BASIL. Es un solteron!

BENIG. Sí, tiene esa enfermedad, que le garantiza de otras muchas!...

BASIL. Se necesita ser tan ciego y tan egoista como tú, para admitir à un solteron en tu casa, con una mujer jóven todavía, y una niña casadera.

BENIG. Mujer, mi amigo Hipólito no es ningun seductor.

BASIL. No es preciso ser seductor para eso! Acaso eras tú algun seductor cuando me casé contigo?

BENIG. No lo sé, mujer. Pero...

BASIL. Le he despedido. (*Con sequedad.*)

BENIG. Has despedido à Hipólito! (*Dolorosamente.*)

BASIL. Sí, y qué? en vez de darme las gracias, te pones á mirar tu canario?

BENIG. Es el único amigo (*Suspirando.*) que me queda!

BASIL. Qué necesidad hay de amigos cuando se tiene mujer?

BENIG. Verdad es que basta, y sobra, puesto que el cielo en su munificencia, nos ha negado herederos directos... Pero Hipólito es para mí un apoyo.

BASIL. Un apoyo!... Cualquiera (*Declamando.*) creeria que no eres el hombre mas feliz del mundo.

BENIG. Yo no he dicho eso, Basilisa, y no pido tanto!

BASIL. Tu sobrina y tu (*En el mismo tono.*) mujer, deben bastarte.

BENIG. Es mas de lo que necesito.

BASIL. Entonces de qué te quejas?... Vamos á ver, qué te falta?... habla, porque eres capaz de cansar la paciencia de un santo...

BENIG. No, si no me falta nada, Basilisa, al contrario!

BASIL. Viene gente, càllate!

BENIG. Hipólito!... ah! cuanto me alegro!... (*Va á recibirle y su mujer le detiene con una mirada.*) No, no me alegro!

ESCENA VI.

DICHOS.—DON HIPOLITO.

HIPÓL. Ah! Dispense usted, señora, mi querido Benigno; me habian vuelto á decir que habias salido, y estaba resuelto á esperarte.

BASIL. Sin duda ha sido (*Con mucha cortesía.*) equivocacion de los criados... sea usted bien venido á esta su casa, señor don Hipólito.

HIPÓL. Gracias, señora, es (*Inclinándose.*) usted muy bondadosa!

BASIL. Despídele! (*Bajo á su marido.*)

BENIG. Quieres que despida á mi amigo! (*Bajo.*)

BASIL. Ahora mismo! (*Idem.*) Tenga usted la bondad (*A don Hipólito.*) de sentarse, los amigos de mi marido tambien lo son mios.

HIPÓL. Gracias!... (*Vá á buscar una silla.*) (Qué amable es esta señora!)

BASIL. Siéntese usted ahí, (*Tomándole la silla, y designándole un sillon junto á la chimenea.*) estará usted mas cómodo!

HIPÓL. Señora, usted (*Inclinándose.*) me confunde.

BASIL. Vamos, despídelo! (*Bajo á su marido.*)

BENIG. Dime, Hipólito, (*Con embarazo y yendo á sentarse entre él y su mujer.*) no has estado en el Retiro?

HIPÓL. En el Retiro? para qué?

BENIG. Dicen que hay un hipopótamo, que parece muy contento desde que se vé separado de su querida mitad... por medio del Occéano... el bribon vive como soltero!...

HIPÓL. Pues bien, iremos á verlo juntos.

BASIL. Busca un pretesto mas (*Bajo.*) natural.

BENIG. (Mas natural?...) (*A Hipólito.*) Has leido los periódicos de hoy?

HIPÓL. Sí, he recorrido *La Libertad*...

BENIG. *La Libertad*! Con qué gusto me suscribiria si pudiese!... Vete ahora mismo! (*Al oido á Hipólito.*)

HIPÓL. Eh! (*Con estrañeza.*)

BENIG. Te lo suplico! (*Bajo.*)

HIPÓL. Vamos, tengo que dejar á ustedes. (*Picado y levantándose.*)

BASIL. Cómo? nos deja usted?... (*Se levanta.*)

BENIG. No andes con etiquetas, hombre, aquí estás como en tu casa.

HIPÓL. (Hipócrita!)

BASIL. Qué poco amable es usted!

HIPÓL. Un asunto imprevisto... Enteramente imprevisto... (*A Benigno.*) Pero volveré, ya que se digna usted autorizarme, señora!

BASIL. Se lo ruego!

HIPÓL. (Lo dicho, es muy amable, y el marido un oso!) Sin embargo, no me iré sin decir á ustedes que venia á anunciarles mi casamiento.

BENIG. Tu casamiento! (*Estupefacto.*)

BASIL. Se casa usted? (*Con estrañeza.*)

HIPÓL. Si señora, me he decidido al fin á seguir el ejemplo de mi amigo Benigno. Quiera Dios que tenga suerte como él!

BASIL. Eso está muy bien!... (Detenle.) (*A Benigno.*)

BENIG. Quieres ahora?... (*Bajo.*)

BASIL. Lo exijo...

HIPÓL. Señora... (*Saludando.*)

BENIG. Hipólito... se me olvidaba... Quédate! (*Bajo.*)

HIPÓL. Eh! (*Admirado.*)

BENIG. Quédate, te lo ruego! (*Bajo.*) Con qué de veras vas á (*Alto.*) casarte, Hipólito?

HIPÓL. Sí.

BENIG. Pobre amigo! Cuéntanos como ha sido... eso no es natural!... Es preciso que consultes... á tus amigos.

HIPÓL. Qué quieres que haga de mis diez mil duros de renta y de mi reumatismo?

BASIL. Ciertamente, amigo mio, debe usted consultarnos... (Diez mil duros de renta!)

BENIG. No preferirias mejor (*Bajo á Hipólito.*) otro género de suicidio?

BASIL. El señor don Hipólito (*Con mucha amabilidad.*) conoce perfectamente que no se puede hallar la dicha y la calma sino en el matrimonio.

BENIG. Verdad es que él siempre ha sido miope, no es cierto, Hipólito?

HIPÓL. Esta señora tiene razon, y no es culpa mia si no he satisfecho hace mucho tiempo esa tendencia social.

BASIL. Y seria indiscrecion preguntar á usted el nombre de su futura? Tal vez la conozcamos.

HIPÓL. Es la señorita de Olmedo... calle de la Cruz...

BENIG. Número? (*Vivamente.*)

HIPÓL. Setenta y siete... Ah! yo habia soñado con otra cosa mejor!...

BENIG. Mejor que setenta y siete?... sin embargo, es un bonito número para un casamiento... (La horca!)

HIPÓL. Ya me comprendes...

BASIL. Qué quiere usted decir?

HIPÓL. He visto á la señorita (*Suspirando.*) Margarita...

BASIL. Y bien?...

HIPOL. Es divina, adorable, se parece á su tia!

BASIL. Es posible! Usted es jóven aun... (Es un partido magnífico!)

HIPOL. Pero ustedes dispensen, tengo que hacer mi visita cuotidiana...— Señora...Adios, Benigno.

BENIG. Adios, querido amigo. (*Despidiéndo y acompañándole*) Es decir, hasta la vista, (*Bajo.*(porque volverás, no es cierto? (*Doña Basilisa con un gesto imperativo le hace bajar.*)

ESCENA VII.

DOÑA BASILISA.—DON BENIGNO.

BASIL. Por qué me has ocultado las inclinaciones de tu amigo?

BENIG. En efecto... Hipólito (*Embarazado.*) habia pensado... vagamente... en Margarita... pero como te es antipático... y...

BASIL. Me es antipático como soltero... como marido es muy distinto!... sobre todo desde que conozco su fortuna.

BENIG. Yo no podia adivinar esa diferencia.

BASIL. Y por qué no me lo has dicho!

BENIG. Yo temia...

BASIL. Esa no es una razon...

BENIG. Ademas...

BASIL. Tú no sabes lo que te dices.

BENIG. Sin embargo...

BASIL. Cálla!

BENIG. Como quieras, mujer!...

BASIL. Me estás exasperando, (*Exasperada y animándose por grados.*) eres un nécio, un torpe, un imbécil...me voy, porque concluiria por decirte cosas que no te habian de gustar! (*Váse.*)

ESCENA VIII.

DON BENIGNO solo; muy tranquilo.

Pues señor, bien; hace veinte y seis años que estoy

gozando asi de las dulzuras del himeneo. Dicen que la costumbre es una segunda naturaleza, pero yo preferiria la primera. Y el pobre Hipólito quiere casarse! No, no; ó uno es amigo, ó no lo es. (*Se sienta abrumado.*) Yo tambien tenia un amigo hace veinte y seis años... yo era cándido y crédulo como el corderillo que vuelve... de pastar... y él, mi amigo Nicolás Patiño, aunque casado, parecia hombre de buen juicio. Le escuché sin desconfianza, le dejé hacer lo que quiso, y cuando volví en mí, ya no era tiempo, tenia una mujer sin saber lo que eso era!... Me casaron con premeditacion, á la luz del dia, en una casa habitada, ante testigos, y sin circunstancia alguna atenuante!... y Nicolás se llamaba mi amigo! Si yo supiera en qué lugar se ha refugiado... pediría su estradicion...— Pero Hipólito (*Se levanta.*) ha ido á vestirse y adornarse para el sacrificio, y es preciso que mi carta llegue antes que él. Calle de la Cruz, número setenta y siete; no hay momento que perder. (*Se sienta delante de una mesa y escribe.*) Caballero, usted no conoce á ese don Hipólito, que tiene la imprudencia de codiciar la mano de su hija de usted; su vida es un tejido de crímenes!»—(*Aparece Enrique en el umbral de la puerta, conducido por Margarita, que le anima en voz baja, y desaparece en seguida.*)

ESCENA IX,

DICHO,—ENRIQUE.

ENRIQ. Caballero... (*Entrando timidamente.*)

BENIG. Adelante.

ENRIQ. Caballero...

BENIG. Perdone usted, (*Sin moverse de su asiento.*) estoy acabando de escribir; pero le escucho.

ENRIQ. Como usted guste...

BENIG. Estoy salvando á un amigo... continue usted...—«Ya

se ha (*Escribiendo.*) casado con muchas mujeres en diversos paises estranjeros.»

ENRIQ. Caballero, usted conoce...

BENIG. Si, jóven; no pierdo una palabra de su amable conversacion.—«Se tiñe el pelo.» (*Escribiendo.*)

ENRIQ. Caballero, usted conoce sin duda...

BENIG. Perfectamente...—«Es un (*Escribiendo.*) calavera, un perdido...»— Continue usted...

ENRIQ. Caballero, usted conoce sin duda el motivo...

BENIG. «Se junta con los hombres (*Escribiendo.*) de peor nota...»— Soy de usted.

ENRIQ. (Qué suplicio!) Caballero, usted conoce sin duda el motivo del paso...

BENIG. «Puede usted creerme, hace (*Escribiendo.*) treinta y nueve años que soy su único amigo...»—Continúe usted, jóven.

ENRIQ. Caballero, usted conoce sin duda el motivo del paso que tengo el honor... (*Aparte.*) Si acabaré hoy.

BENIG. «Tengo el honor, etc... (*Escribiendo.*) y firmo:—Un padre de familia.»—Con qué vamos á ver, jóven, decia usted?...

ENRIQ. Caballero, usted conoce sin duda el motivo del paso que tengo el honor de dar.

BENIG. Ya está. (*Que ha doblado la carta y escrito las señas.*) Soy de usted... ah! (*Llama.*) todavía no! (*Va á la puerta y dá la carta sin salir.*) Que lleve esta carta, ahora mismo un mozo de cordel.. volando!.. (*Vuelve.*) Ah! ya vé usted, jóven, que es muy fácil hacer dos cosas á la vez... pero usted perdone, creo que me hacia usted el honor de dirigirme una pregunta. (*Le hace señas para que se siente.*)

ENRIQ. Caballero, usted conoce sin duda el motivo del paso que tengo el honor de dar respecto á usted. (Gracias á Dios que lo dije.)

BENIG. Es probable; sin embargo, debo confesar, entre nosotros, que no sé una palabra.

ENRIQ. Cómo?... Su esposa de usted (*Confuso.*) no le ha

dado parte de sus proyectos?...

BENIG. Ah! usted ha visto (*Apresuradamente.*) á mi esposa?

ENRIQ. Si señor, y venia á saber si usted consentia...

BENIG. Oh! yo consiento en todo, mi querido amigo, pero puesto que usted tiene el beneplácito de mi mujer, eso basta; mi mujer y yo no tenemos nunca mas que un solo modo de ver las cosas... (El suyo.)

ENRIQ. Permitame usted entonces que le dé gracias.

BENIG. Yo se lo permito con todo mi corazon; pero no vale la pena!

ENRIQ. Usted hace la dicha (*Con estrañeza.*) de mi vida!

BENIG. Me alegro en el (*Tomándole las manos.*) alma, jóven! Ahora mismo acabo de salvar á un amigo que se ahogaba y que no lo sabia.

ENRIQ. Crea usted, caballero, (*Con mucha estrañeza.*) que por mi parte...

BENIG. Gracias, amigo mio; y ahora permítame usted que le dirija una pregunta... indiscreta tal vez, pero que justifique el interés que le profeso. Es usted casado?

ENRIQ. Qué dice usted?... (*Estupefacto.*)

BENIG. Crea usted que no ha sido (*vivamente.*) mi intencion ofenderle.

ENRIQ. No comprendo!... (*Cada vez mas estupefacto.*)

BENIG. Ah! usted comprenderia si yo pudiese abrirle mi alma! Aquí donde usted me vé, soy muy desgraciado!

ENRIQ. Pero usted tiene una esposa, una sobrina que le ama, que le sonrie; ¿qué le falta á usted para ser dichoso?

BENIG. Nada, absolutamente nada... mas que la dicha... pero no quiero entristecerle. Hablemos de usted, que es libre, y que no tendrá nada que desear!

ENRIQ. Si señor; no deseo nada en el mundo, puesto que usted se digna concederme la mano de su sobrina!

BENIG. La mano de mi sobrina!... (*Aturdido.*) usted quiere casarse?...

ENRIQ. Hace un cuarto de hora que estoy pidiéndole su consentimiento

BENIG. Mi consentimiento?... (*Con indignacion.*) yo, Benigno Tranquilo, consentir?... nunca.

ENRIQ. Su esposa de usted me habia hecho esperar...

BENIG. Oiga usted, (*Interrumpiendole con mucha calma.*) jóven, tengo yo trazas de bandido?

ENRIQ. No por cierto.

BENIG. Entonces no estrañe usted que rechace una proposicion que me honra!

ENRIQ. Ha desagradado á usted mi persona y mi lenguaje?

BENIG. No señor; desde luego ha simpatizado usted conmigo.

ENRIQ. Sepa usted que amo á su sobrina Margarita, y que nada se opone...

BENIG. Si señor, se opone mi conciencia.

ENRIQ. Pero por qué causa?

BENIG. Por qué causa? Hombre, se me ocurre una idea... Voy á emplear una imágen; espéreme usted aquí cinco minutos, y si insiste...

ENRIQ. Y bien?...

BENIG. Digo que es usted el hombre mas obcecado del mundo! (*Entra en su cuarto.*)

ESCENA X,

EMRIQUE.— Despues MARGARITA.

ENRIQ. Es incomprensible! Ese hombre me atrae con una mano y me rechaza con la otra.

MARG. Ha visto usted (*Corriendo muy alegre.*) á mi tio?

ENRIQ. Si, Margarita, le he visto!... (*Con dolor.*)

MARG. No le habrá inspirado (*Sonriendo.*) á usted miedo?

ENRIQ. Miedo?... al contrario... me ha manifestado un interés, una confianza... sorprendentes!

MARG. Entonces por qué me mira usted con esos ojos tan tristes, y esa fisonomia tan lúgubre?

ENRIQ. Porque su tio de usted (*Muy triste,*) se opone á nuestro casamiento!...

MARG. El!... (*Admirada.*)

ESCENA XI.

DICHOS.—DOÑA BASILISA.

BASIL. Se opone?... quién?... (*Entrado.*) á qué?...

ENRIQ. Don Benigno.

MARG. A nuestro casamiento.

BASIL. Es imposible!

MARG. Ya me lo figuraba yo!

ENRIQ. Ahora mismo me lo ha dicho... no hace cinco minutos!

BASIL. Repito que es imposible, usted se habrá esplicado mal, ó no habrá comprendido!

ENRIQ. Ahora vá á volver, y podrá usted convencerse de que no me he engañado.

BASIL. Dejadme sola con él!

ENRIQ. Estoy desesperado!

BASIL. Entre usted (*Con mucha amabilidad.*) en ese gabinete; tú en mi alcoba, y dentro de un momento podeis volver. Aquí no se hace mas que lo que yo mando.

MARG. Ya lo vé usted, (*Llevándose á Enrique.*) para doctor, no ha sido usted muy listo. (*Váse Enrique por la primera puerta de la derecha, y Margarita por la segunda.*)

ESCENA XII.

DOÑA BASILISA.—DON BENIGNO.

BASIL. No señor, no, no puedo, (*Sola.*) no debo admitir la probabilidad de esa negativa!

BENIG. Mire usted, (*Oculto tras un retrato grande que lleva.*) jóven, mire usted.

BASIL. Mi retrato! (*Esclamando.*)

BENIG. Ah! eres tú, (*Muy turbado y pasando la cabeza por encima del retrato.*) hija mia?... yo... creia... no me esperaba...

BASIL. Qué hace ese retrato en tus manos?...

BENIG. Si es el tuyo, hija mia, el tuyo... antes de nuestro casamiento.

BASIL. Y bien, qué vas á hacer con él?... Con qué intencion lo has descolgado?...

BENIG. Es muy sencillo... (*Muy turbado con el cuadro y su persona.*) un marido se vé siempre alhagado... porque se podria suponer...yo siempre aconsejaré á un marido que mande hacer el retrato de su mujer á la luz de la luna de miel... para tener mas tarde á la mano una escusa plausible... (*Coloca el retrato encima de un mueble.*) Esto es lo que yo queria esplicar á ese jóven... (Vamos, Benigno, valor...) En fin, tú le conoces, Basilisa.

BASIL. A quién?... á Enrique?...

BENIG. Si, me gusta ese muchacho...su fisonomia franca y abierta me agrada mucho.

BASIL. Además es muy rico.

BENIG. Me alegro saber que está al abrigo de la necesidad.

BASIL. En fin, he resuelto que se case con Margarita.

BENIG. Esa eleccion debe alhagarle infinito, porque tú eres difícil de contentar.

BASIL. Te ha pedido tu consentimiento solo por cortesía.

BENIG. Si, ya ha llenado esa formalidad.—(Adelante, Benigno!)

BASIL. Así, pues, está decidido. (*Va á salir.*)

BENIG. Si está decidido, me he negado á ello.

BASIL. Qué? (*Vá á salir y vueve á la escena,*)

BENIG. Nada, que he negado mi consentimiento. (Al fin lo solté!)

BASIL. Qué has dicho!

BENIG. Digo que me (*Con una calma forzada.*) he negado.

BASIL. Eres tú quien hablas, (*Vendo á él.*) Benigno?

BENIG. Si, Basilisa, yo soy, yo, Benigno, que al fin rompo mis cadenas. Porque has de saber, mi querida esposa, que desde el dia en que nos casamos has monopolizado sin escrúpulo alguno todo el poder, y aquí no

se hace nunca sino lo que tú quieres; pues, hija mia, ahora se me antoja á mí oponerme, para tener el gusto de decir *no*, una vez siquiera, cuando tú hayas dicho *si*.

BASIL. Ese es el fruto de tus (*Estallando.*) relaciones con los solteros; ya lo presentia yo, por eso no quise recibir á tu amigo Hipólito, pero no insistirás!

BENIG. Sí. (*Penosamente.*)

BASIL. Este es un asesinato! (*Encolerizándose.*) yo me sofoco!

BENIG. Hija mia, si vas á desmayarte, avísame con tiempo, prepararé un vaso de agua con azúcar; vamos, quieres que lo traiga?

BASIL. No lo traigas, ó te lo tiro (*Gritando.*) á la cara!

BENIG. En ese caso, (*Sentándose junto á la mesa.*) me obligarás á cambiar de camisa, pero no de resolucion.

BASIL. Ah! esto es horrible! no se tortura así á una débil mujer que no tiene mas que ruegos y lágrimas!

BENIG. Y una buena salud!

BASIL. Ganas me dan de estrangularte!

BENIG. Basilisa, hablas á un marmolillo, á una roca de granito!

BASIL. Primero prendo fuego á la casa.

BENIG. Voy á avisar á los mangueros de la villa, y cuando estés tranquila y resignada volveré. (*Váse.*

BASIL. Te vas? esto es una infamia!... ah! yo me ahogo de ira! Socorro!... (*Cae en un sillon junto á la puerta.*)

ESCENA XIII.

DOÑA BASILISA.—MARGARITA.

MARG. Dios mio! qué tiene usted, tia? (*Corriendo.*)

BASIL. No ha vuelto! (*Levantándose de pronto.*) traidor! Yo voy á volverme loca!... Un edificio construido con tanto cuidado hace diez y nueve años, y se viene abajo en un momento!

MARG. Pero qué ha sido?

BASIL. Ya te lo decia yo!... basta dar á los hombres la menor sombra de importancia para que abusen de ella!

MARG. Cómo! mi tio!...

BASIL. Tu tio! ya no lo es! nunca hubiera debido serlo! no! ya no es aquel marido tan dulce, tan amable; es una barra de hierro, un obelisco!

MARG. Entonces se ha deshecho mi boda?

BASIL. No se trata de tu boda, sino de mi poder que se me escapa, que está en peligro. Tú no sabes á lo que queda reducida una mujer que deja un instante de dominar á su marido. No, eso no puede ser, ni puedo ceder, ni quiero!

MARG. No, no ceda usted! Seria un mal ejemplo para Enrique!

BASIL. Margarita, es preciso saber ponerse á la altura de las circunstancias. Te casarás con Enrique...

MARG. Ah! (*Con alegria.*)

BASIL. Ó con otro cualquiera, poco me importa, con tal que conserve el principio de mi autoridad!

MARG. Pero yo quiero que sea Enrique!

ESCENA XIV.

DICHOS.—DON HIPOLITO, que entra triste, abatido, y va á sentarse junto a la mesa.

BASIL. Don Hipólito! Oh! si fuese aun tiempo!

HIPÓL. Señora... Señorita... (*Saludando.*) aquí tienen ustedes al mas desdichado de los hombres... mi boda se ha deshecho!

BASIL. (Perfectamente!) Mi querido señor don Hipólito, (*Muy alto, y con mucha amabilidad.*) mucho sentimos ese contratiempo; pero es positivo?

HIPÓL. Juzguen ustedes mismas. Iba yo lleno de esperanzas á presentar á mi futura mis homenajes prelimina-

res... cuando el señor de Olmedo me acoge con estrema frialdad, y me dice que acaba de recibir un anónimo en el que le dicen que yo soy un malhechor de la peor especie.

BASIL. Oh! eso es odioso!

HIPÓL. Quiero protestar, se encoleriza... me pongo á la altura de su diapason... mi futura se desmaya... acuden los vecinos, y aquí me tienen ustedes!

BASIL. Es imposible reanudar las amistades despues de semejante escándalo, ademas, fácil le será á usted hallar otra cosa mejor.

HIPÓL. Señora, ese es un consuelo bastante vago.

BASIL. No ha echado usted la vista... sobre otra persona?...

HIPOL. Ay! señora... pero... (*Mirando á Margarita.*)

MARG. Dios mio! Cómo me mira!... (*Bajo á su tia.*)

BASIL. Y qué?... tiene diez mil duros (*Bajo.*) de renta... serás feliz!...

HIPÓL. No me atrevo á esperar!... (*Tímidamente.*)

BASIL. No hay que perder la esperanza, señor don Hipólito...

HIPÓL. Cómo! señora, usted me autorizaria?...

BASIL. Cuesta tan poco ponerse un frac negro... guantes blancos... y hacer la peticion oficial...

HIPÓL. Frac negro... (*En el colmo de la alegria.*) guantes blancos... tantas bondades!... Perdone usted, señora. una prisa bien natural... Corro á ponerme sobre las armas! (*Saluda y váse.*)

MARG. Pero tia, qué ha hecho usted?... y Enrique?

BASIL. Cálla, tonta, qué entiendes tú de diplomacia?... Mi marido no quiere aceptar el novio que le he propuesto, yo voy á obligarle á que acepte el que él prefiere, y allá veremos quién puede mas de los dos. (*Váse.*)

ESCENA XV,

MARGARITA.—DON BENIGNO.

MARG. Eso es! y en tanto yo soy la víctima de toda esta di-

plomacia!... Y Enrique que está esperando... y don Hipólito que vá á volver... qué haré, Dios mio!... Si pudiera convencer á mi tio por medio de la dulzura.. Tio!... tiito, soy yo, (*Llamando á la puerta,*) Margarita; estoy sola, enteramente sola; no tema usted!

BENIG. Qué hay? (*Asomando la cabeza con inquietud.*)

MARG. Pero salga usted, tio.

BENIG. Cómo está mi mujer?... (*Saliendo.*) pasó ya la borrasca?

MARG. Ya pasó!

BENIG. Vaya, me alegro!

MARG. Si está buscándole á usted.

BENIG. A mi?... Vuelvo! (*Vá á irse y vuelve.*)

MARG. Pero qué tiene usted que está tan pálido?

BENIG. Ay! mi querida sobrina! no se hace por primera vez sin cierta emocion, esa especie de sublevacion en el hogar doméstico!... casi tengo calentura!...

MARG. Ha estado usted terrible! (*Quejándose.*)

BENIG. No; he hecho mi deber... (*Con orgullo.*) He sido inflexible como un Senador... romano. He debido estar soberbio! Ya ves tú, hija mia, todo el mundo tiene el valor cívico, ó el valor militar, pero el valor conyugal es mas raro de lo que se cree. Deberia haber una condecoracion especial para las acciones heróicas de esa categoría!

MARG. Sabe usted que ha hecho muy mal en resistir á mi tia que queria casarme?...

BENIG. Si... si yo lo hubiera pensado... en interés á mi reposo... pero prefiero haber obedecido á mi conciencia.

MARG. Dios mio! que vá á ser de Enrique?...

BENIG. El pobre muchacho se casará, si la fatalidad le induce á ello... pero no en mi casa!... no habré sido cómplice en la perpetracion de ese acto... nocivo, y podré mirarme cara á cara sin tener que sonrojarme de mí mismo!

MARG. Despues de todo, usted no ha recordado que debia estarle agradecido.

BENIG. Agradecido?... y por qué, hija mia?

MARG. Porque el padre de Enrique fué quien arregló la boda de usted.

BENIG. Su padre! (*Estupefacto.*)

MARG. Mi tia me lo ha dicho esta mañana. No lo sabia usted?

BENIG. Su padre! (*En el colmo de la alegria.*) Conque se llama... Ah! Providencia!

MARG. Enrique Patiño! (*Alegre.*)

BENIG. El hijo de Patiño! he hablado con un Patiño! he hablado con él sin sospechar mi dicha!... hasta creo que le he estrechado la mano!... (*Con ira.*)—Ah! Eso es diferente. (*Con mucha calma.*)

MARG. Consentirá usted?

BENIG. Pues no he de consentir!... Me prometes torturarle á tu placer?...

MARG. Tio, yo no sé lo que haré...

BENIG. Bah! eso viene por sus pasos contados... además, tú te aconsejarás con tu tia, eh?—Solo te pido que sigas su ejemplo en todo.—Y adonde (*Con mucha amabilidad.*) está ese querido Patiño hijo?... Ya ardo en deseos de abrazarle!...

MARG. Allí está... voy á buscarle. (*Con alegria.*)

BENIG. Sí, sí... tráemele muerto ó vivo.

MARG. Voy corriendo. Ah! que contenta estoy! (*Váse.*)

ESCENA XVI.

DON BENIGNO. Despues ENRIQUE y MARGARITA.

BENIG. Patiño hijo!... la casualidad me entrega una rama de ese árbol! No en valde me sentia yo arrastrado hácia ese jóven por una simpatía feróz!

MARG. Verá usted que amable (*A Enrique.*) está... Oh! he tenido una buena inspiracion!...

ENRIQ. Mucho me alegro, (*Muy amable.*) señor don Benigno, del cambio feliz...

BENIG. Caballero!... (*Mirándole con ira.*) Dejanos, hija mia! (*A Margarita.*) Tengo que hablar con el señor! (El insolente se parece á su padre!) (*Váse Margarita haciendo señas á Enrique para animarlo.*)

ESCENA XVII.

DON BENIGNO.—ENRIQUE.

BENIG. Ya estamos solos. (*Haciendole sentar.*) Con qué usted es en efecto hijo de Nicolás Patiño, comerciante retirado de la córte?

ENRIQ. Si señor.

BENIG. Y usted es su hijo único?

ENRIQ. Tengo dos hermanos.

BENIG. Lo siento, porque yo no tengo mas que una sobrina. (*Se levanta.*) Sí... yo quisiera que Patiño tuviese veinte y seis hijos varones, para poder inmolar los veinte y seis á mi venganza!

ENRIQ. Y de qué tiene usted que vengarse?

BENIG. Su padre de usted, (*Con animacion creciente.*) caballero, ha cometido un crímen, que las leyes humanas no han previsto!

ENRIQ. Mi padre es un (*Levantándose.*) hombre honrado!

BENIG. Yo no ataco su honra.

ENRIQ. Era amigo de usted.

BENIG. Yo le tenia un afecto ciego, y hace veinte y seis años que gracias á él he dejado de ser hombre, para convertirme en una planta parásita... Viene gente!... Dame un abrazo, Patiño hijo! (*Alarga los brazos, volviendo la cabeza: Enrique se echa á un lado y sube al foro.*)

ESCENA XVIII.

DICHOS.—DOÑA BASILISA.—DON HIPOLITO.

BASIL. Venga usted, señor don Hipólito, y hable resueltamente. Ande usted, hombre! (*A don Hipólito.*)

HIPÓL. No puedo, delante de un estraño...

BENIG. No te contengas, querido amigo, este caballero es de la familia.

ENRIQ. Cómo?

HIPÓL. El!

BASIL. Qué significa esto?

HIPÓL. Mi boda se ha desbaratado!...

BENIG. Me alegro en el alma!

BASIL. El señor don Hipólito ha sido víctima de una odiosa maquinacion!

BENIG. Bien, bien.

BASIL. Una carta anónima!...

ENRIQ. (La que estaba usted escribiendo! (*A don Benigno.*) Oh! caballero!...)

HIPÓL. Una carta estúpida!

BENIG. (No tan estúpida, puesto (*A Enrique.*) que ha producido su efecto...)

BASIL. En fin, el resultado es que el señor don Hipólito es libre.

HIPÓL. Si, querido amigo, y animado con el consentimiento de tu esposa, he puesto mis miras en otra persona.

BENIG. Otra?... Dónde vive?...

HIPÓL. Mi querido Benigno, quieres aceptarme por sobrino?

BASIL. Gracias á Dios!

ENRIQ. (Esto es indigno!... Se burlan de mi...) (*Quiere irse*)

BENIG. Venga usted acá, jóven! (*Cogiéndole del brazo.*)

ENRIQ. Eh! Déjeme usted en paz! (*Quiere irse.*) Demasiado he soportado sus estraños caprichos.

BENIG. No. (*Muy cariñoso.*)

HIPÓL. No comprendo esa insistencia.

BASIL. Tú te has vuelto loco, Benigno!

BENIG. Que nadie se mueva de aquí! Hipólito, tú aspiras á ser marido de mi sobrina?

HIPÓL. Si.

BENIG. Pues bien, querido amigo, que te se quite esa idea de la cabeza.

HIPÓL. Te niegas á ello?

BENIG. Si.

HIPÓL. Y dices que eres mi amigo?

BENIG. Hago mas, te lo pruebo! Si, Hipólito, yo te quiero! (*Le abraza*)

HIPÓL. Pero hombre, me vas á ahogar!

BENIG. Porque te quiero!—Ahora nosotros dos, Patiño hijo!

ENRIQ. Otra vez!

HIPÓL. Adónde querrá ir á parar?

BENIG. Enrique Patiño, usted me ha hecho el honor de pedirme la mano de Margarita?

ENRIQ. Si señor, pero despues de todo lo que acaba de pasar...

BENIG. Yo se la doy.

HIPÓL. Eh!

BASIL. Cómo!

ENRIQ. Permítame usted, yo rehuso.

BASIL. Me alegro!

BENIG. Ola! ola! conque tú crees que es tan fácil sustraerse á la dicha?... No, hijo mio, yo te caso, como me casaron á mi! Con premeditacion, á la luz del dia, y ante testigos.—Ya estoy vengado. (*Vá al fondo y llama.*) Margarita! Margarita! Marga...

TODOS. Se ha vuelto loco!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS.—MARGARITA.

MARG. Aquí estoy, tio.

BENIG. Responde francamente. Insistes en casarte?

MARG. Segun y conforme, mi querido tio. (*Sin ver á Enrique y despues de mirar á don Hipólito.*)

BENIG. Con mi amigo Hipólito?

MARG. No, tio.

BENIG. Y con Enrique?

MARG. Si, tio.

HIPÓL. Dos derrotas en un dia, es demasiado... renuncio para siempre al casamiento.

BENIG. Ven á mis brazos, Hipólito, esa palabra te devuelve mi estimacion.

MARG. Puedo perdonar á Enrique, tia?

BASIL. Nunca!

ENRIQ. Aquí me tiene usted à sus plantas, señora.

MARG. Y á mi tambien.

HIPOL. Vamos! y tú tambien, Benigno!

BENIG. Sea todo por Dios! (*Yendo á ponerse de rodillas.*) Mi querida esposa, muéstrate á la altura de las circunstancias... (Hagamos este sacrificio hasta que me libren de ella el cólera morbo ó una pulmonía.)

BASIL. Puesto que se reconoce mi autoridad, yo te perdono, Benigno... (*Le dá la mano y le levanta.*) Cásense ustedes, pero tú, Margarita, no olvides mis lecciones.

BENIG. No, no olvides nunca sus lecciones... (Qué mas venganza que esa?)

HIPÓL. Ese cuadro me enternece. Ah! si descubro al autor del anónimo!...

BENIG. Soy yo!

HIPÓL. Tú, desgraciado!

BENIG. Ingrato! tal vez he ido demasiado lejos en mi venganza. (*Dirigiéndose al público.*)

Casados, que me escuchais,
y que por dicha no estais
como yo, siempre en tortura,
conservad esa ventura
de que en buen hora gozais.
Y pues en esta jornada
ya la víctima espiatoria

se va á ver sacrificada,
concededle una palmada
por accion tan meritoria.

FIN DE LA COMEDIA.

Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 10 *de Febrero de* 1865.

El Censor de Teatros,
NARCISO S. SERRA.